

Julia Escobar Villegas
-Compiladora-

Obra poética de
Francisco Rodríguez Moya:
un puñado de polvo
que se empeña en ser luz

Francisco Rodríguez Moya: un puñado de polvo que se empeña en ser luz Julia Escobar Villegas



**OBRA POÉTICA DE FRANCISCO
RODRÍGUEZ MOYA**

UN PUÑADO DE POLVO QUE SE EMPEÑA EN SER LUZ

Julia Escobar Villegas -Compiladora-



Rodríguez Moya, Francisco, 1884-1958

Obra poética de Francisco Rodríguez Moya : un puñado de polvo que se empeña en ser luz / Francisco Rodríguez Moya ; compiladora Julia Escobar Villegas. -- 1a ed.

Medellín: Fondo Editorial ITM, 2015.

97 p. -- (Colección Bicentenario de Antioquia, 95)

ISBN 978-958-8743-73-8

1. Poesía colombiana 2. Literatura colombiana I. Escobar Villegas, Julia II. Tít. III. Serie

861 SCDD Ed.21

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Obra poética de Francisco Rodríguez Moya. Un puñado de polvo que se empeña en ser luz
550 ejemplares

ISBN 978-958-8743-73-8

Hechos todos los depósitos legales

© Francisco Rodríguez Moya

© Julia Escobar Villegas

© Colección Bicentenario de Antioquia

© Fondo Editorial ITM

Rectora

María Victoria Mejía Orozco

Editora

Silvia Inés Jiménez Gómez

Corrección de estilo

Lila M. Cortés Fonnegra

Secretaría Técnica

Viviana Díaz

Diagramación

Alfonso Tobón

Diseño de carátula

Miguel Suárez

Impresión

Ediciones Diario Actual

Editado en Medellín, Colombia

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

Calle 73 No. 76 A 354 (vía El Volador)

Tel: (574) 440 5298 - 440 5197

<http://fondoeditorial.itm.edu.co/>

www.itm.edu.co • Medellín - Colombia

Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia /
Gobernación de Antioquia / Editorial Universidad de
Antioquia / Universidad EAFIT / Universidad CES
/ Corporación Universitaria Lasallista / Universidad
Nacional de Colombia / Escuela de Ingeniería de
Antioquia / ITM Institución Universitaria / Universidad
de Medellín / Universidad Pontificia Bolivariana /
Universidad Autónoma Latinoamericana –UNAULA.

Las opiniones, originales y citas del texto son de la
responsabilidad de la compiladora. El ITM salva cualquier
obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella
recaerá única y exclusivamente sobre la compiladora.



Contenido

PRÓLOGO	15
RATOS DE OCIO	19
A mi madre	21
PROSAS LÍRICAS	23
En que hablo a un buen señor de muchas extrañezas de mi alma.....	25
Junto a la cuna	27
Cristóbal Colón.....	29
Reto.....	30
Callemos.....	32
En que vuelvo a hablar de mi espíritu.....	34
Mensaje	36
Del Arte. Primer discurso.....	38
Del Arte. Segundo discurso	41
¡Si volviera!.....	44
Después de todo	44
TROVAS ROMÁNTICAS	45
De dioses y de héroes	47
De cómo pasé una tarde en la sala de los dioses	47

Agonía.....	52
Evocación heroica.....	54
Tus dioses, Francia.....	56
Mi bandera.....	58
El último rebelde.....	59
De mujeres	59
A ti, ¡oh esperanza!	59
Magdalena.....	61
Amor, amargo amor.....	62
Ensueños viejos	63
Cómo han de ser tus ojos	63
Año Nuevo.....	64
Sed	64
Llegaste dulcemente.....	65
A ti sola	66
Del pantano.....	67
OTROS POEMAS	71
Ante el cadáver de Susana Gutiérrez Baena	73
Recuerdo de la fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro	74
Preludio de las cinco vocales	75
Canción del trovador junto a las hijas.....	77
Visión de medianoche	78
Madre.....	81
Ofrenda	81
La ciudad nace.....	82
Floral.....	84
Oración a la madre	84
Anhelo.....	85
La esperanza (I).....	85
La tarde (II).....	87
La noche (III).....	88

El huerto (I)	89
El vaticinio (II).....	89
El crepúsculo (III)	90
Abolengo.....	91
Ya sin ti.....	91
Salutación.....	92
Colegiala	92
Fonolitos.....	93
El lago	94
Retorno del amor	94
Elegía	95
La Cita (Apólogo).....	96



Prólogo

En Santa Rosa de Osos, un pueblo frío del norte antioqueño, una calle y una biblioteca llevan el nombre de Francisco Rodríguez Moya. En la plaza pervive una estatua de Simón Bolívar que también evoca a este personaje, puesto que fue esculpida por su padre, el artista Waldo Rodríguez, a finales del siglo XIX.

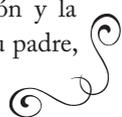
Francisco Rodríguez Moya, nacido en 1884, es considerado uno de los poetas principales de Santa Rosa de Osos, junto al ilustre Porfirio Barba Jacob, quien fuera su compañero de infancia, y a los maestros Rogelio Echavarría y Darío Jaramillo Agudelo.

El nombre de Rodríguez Moya no es tan célebre hoy en día como el de sus tres colegas y coterráneos. Sin embargo, sí lo fue antaño y no solo en Antioquia sino también en todo el país.

El hecho de que el homenaje que su pueblo natal le ofreciera en el centenario de su nacimiento se titulara *Poeta Francisco Rodríguez Moya, olvidado e ignorado*, comprueba que, al recordarlo, predomina su condición de poeta.

Si Rodríguez Moya no hubiera sido un destacado hombre de letras de su época, quizás su recuerdo estaría sumido aún más en la oscuridad. Los legados literarios tienen una cualidad indeleble más tenaz que los de otras profesiones. Pueden ser ignorados mientras su autor vive u olvidados después de su muerte, pero, un día, no importa si poco o mucho tiempo después, alguien los descubre en cajones familiares, en estantes de bibliotecas o como referencia en otros libros, y su contenido vuelve a inquietar, a resplandecer, a transformar.

Rodríguez Moya tuvo una infancia marcada por el arte, la religión y la literatura. Aprendió a leer en la obra de Víctor Hugo de la mano de su padre,



Waldo Rodríguez, quien no solo lo incitaba a componer versos sino también a ayudarlo en sus labores de escultor y ebanista. Con su madre, María Josefa Moya, conoció el ámbito sagrado de su pueblo particularmente devoto.

A los trece años ya se había mudado a Medellín para estudiar, gracias a una beca, un bachillerato en filosofía y letras. Cuando cumplió la mayoría de edad, en 1902, publicó su primer poemario, titulado *Ratos de ocio*. Tan solo un año después salió a la luz su primera novela, *El Nazareno*. Un poco antes de graduarse como ingeniero, en 1906, la imprenta de El Espectador editó sus *Prosas líricas*, un libro que lo convirtió en la promesa de la poesía regional. Dos décadas después se llevó a cabo la publicación de su próximo poemario, titulado *Trovas románticas*, que apareció junto a una reedición de su libro anterior.

Ese último volumen, cuyas temáticas oscilan entre lo místico, lo romántico y lo épico contiene poemas que fueron muy célebres durante unos veinte y hasta treinta años, sobre todo entre estudiantes aficionados a la literatura y entre campesinos de Antioquia. Algunos de ellos fueron musicalizados por Carlos Vieco y cantados por Alfonso Ortiz Tirado.

Después de *Prosas líricas* y *Trovas románticas*, nuevos poemas de Rodríguez Moya aparecieron, pero no compilados en libros sino editados de forma individual en revistas culturales. *Visión de medianoche* y el tríptico de los poemas *El huerto*, *El vaticinio* y *El crepúsculo* son algunos ejemplos.

Otro de sus frutos en materia literaria fueron sus bellísimas traducciones versificadas, entre las cuales se cuentan *Fedra* de Jean Racine, *Chantecler* de Edmond Rostand y *Hamlet, Príncipe de Dinamarca* de William Shakespeare.

No hay que olvidar que Rodríguez Moya fue, por otro lado, un eminente orador en lo que respecta a la política y a la economía. Sus discursos y conferencias fueron memorables por su claridad, precisión, profundidad y marcada influencia literaria.

En efecto, aunque se le recuerde más como poeta, Francisco Rodríguez Moya, a la manera de los sabios de la historia de la humanidad, se destacó también en otras disciplinas como la ingeniería, la economía, la política y la docencia universitaria.

Como ingeniero de la ilustre Escuela de Minas, trabajó en la construcción de puentes, carreteras y ferrocarriles. Junto a sus colegas fundó la Sociedad Antioqueña de Ingenieros en 1913.

Fue un reputado economista que estuvo al frente de la gerencia del Banco de la República, en la sucursal de Medellín, durante quince años.

Muy reconocida fue su trayectoria como servidor público del departamento antioqueño, donde se desempeñó como secretario de Hacienda y diputado en la Asamblea, por citar solo dos de sus cargos. Más adelante fue ministro de Agricultura y Comercio de Alfonso López Pumarejo y ministro de Obras Públicas de Eduardo Santos. Al momento de su muerte, acaecida en Bogotá en 1958, portaba el título de senador de la República.

Rodríguez Moya amó asimismo la educación. Durante toda su vida -incluso desde antes de obtener su diploma universitario- ejerció la docencia. Dictó distintas asignaturas de ingeniería -las básicas, como Cálculo infinitesimal y Geometría, pero también específicas como Trazado de carreteras y complementarias como Astronomía- y de Economía política. En la Universidad de Antioquia, su alma máter, y en la Universidad de Medellín -en cuya fundación participó en 1950 junto a otros insignes colegas liberales- tuvieron lugar sus cátedras.

Rodríguez Moya, en calidad de maestro, fue una influencia decisiva para importantes intelectuales antioqueños, recientemente fallecidos, que han dejado su huella en el país: personajes de la altura de Carlos Gaviria Díaz, Evelio Ramírez y Jaime Tobón Villegas.

Respecto al ámbito familiar, Rodríguez Moya es el ancestro de una estirpe conformada por numerosos profesionales destacados justamente en las áreas de la ingeniería y el derecho.

El legado de Rodríguez Moya, si bien es polifacético, está permeado por la literatura. Él fue, ante todo, un poeta. Con este espíritu realizó todas sus demás actividades. Así se le conoció y así se le recuerda: como un distinguido caballero, bardo e intelectual antioqueño.

Esta edición, que recopila toda su obra poética rescatada hasta la fecha, permite seguir el proceso de depuración de la escritura de Rodríguez Moya. Desde sus primeros hasta sus últimos poemas, puede observarse una maduración y un perfeccionamiento del estilo.

Francisco Rodríguez Moya sembró en otros la semilla de la poesía que germinó en Antioquia durante el siglo XX. Su poesía influenció a los grandes poetas que lo sucedieron. No obstante, hoy en día su obra está casi olvidada.

El valor de este nuevo volumen es, sobre todo, histórico: quiere conservar y difundir el legado literario de un hombre ilustre de Antioquia y del país que

*

Obra poética de Francisco Rodríguez Moya

vivió la poesía como cimiento de su vida, aplicándola a las demás disciplinas que ejerció sin tacha y con la profunda convicción de estar luchando por el bienestar y la armonía tanto de su familia como de su patria.

Julia Escobar Villegas
Medellín, enero de 2015

*



RATOS DE OCIO





A mi madre

Madre: perdón, si en mi cariño ciego, quiero atrevido consagrarte un canto.

Perdón, si junto a mis estrofas rudas, ese tu nombre idolatrado y santo.

No soy poeta. No. Pero él envuelve no sé qué, de sublime, que me inspira.

Y si fuera poeta, por él diera vibraciones dulcísimas mi lira.

No hace mucho, señora, a balbucirlo me enseñaste en tus brazos cuando niño.

Será por eso que girones guarda para mí, de tu amor y tu cariño,

y enciende luz: que cual se esfuman y hunden las negras sombras al nacer el día,

huye de mi alma la pasión mezquina al evocar tu nombre, madre mía.

Tú fuiste el ángel de mi dulce infancia; tú me escudaste mientras fui inocente,

y dejaste estampada muchas veces la humedad de tus labios en mi frente,

y enjugaste mis lágrimas primeras, y velaste de pie junto a mi cuna,

y me enseñaste a orar en tu regazo a los pálidos rayos de la luna.

Por eso hay para mí dos universos llenos de luz, de encantos, de alegría:

el que alumbran el sol y las estrellas, y el que brilla en tus ojos, madre mía.

Hay dos cielos: el uno en el que habita el Eterno, y está tras de las nubes.

El otro en tus pupilas candorosas, y en ese he visto yo también querubes.

El amor maternal es tan inmenso que tiene imperio en el infierno mismo.

Yo sé que si Satán tuviera madre, no sería tan lóbrego su abismo.



PROSAS LÍRICAS





En que hablo a un buen señor

de muchas extrañezas de mi alma

Hermano: sigue pronto tu sendero. No quiero ser tu amigo. Marcha, marcha.
 Estoy enamorado del ocaso y vine a dialogar con la montaña. Como soy un
 iluso, sufro ahora de una tenaz desolación callada; y como he sido bardo, estoy
 sintiendo sin motivo tristezas insensatas.

Tú, vete a recoger sobras de goces. Allá, mendrugos del festín te aguardan.
 Repulen para ti joyas sombrías, dos orfebres: el hambre y la desgracia.
 Tendrás amigas y hallarás mujeres que te vendan el seno y la garganta. No me
 importa, buen hombre, no me importa. Si te hiere el dolor, vuelve mañana: me
 encontrarás de nuevo frente al cielo bebiendo el éter que me alivia el alma, o
 tumbado en mitad de la llanura, soñando con mi madre y con mi amada.

Entonces, si te acercas mansamente y me alegas tus títulos de paria, te diré
 una canción de acentos nuevos, repleta de misterio y de esperanza, herida por
 la zarpa del destino, cadenciosa, doliente, maltratada. Y será como un cáliz
 tenebroso o como alguna copa veneranda en que se vuelva sangre redentora la
 hiel impura de la vida humana.

Te daré otra canción lenta, vibrante, que loe al libre suelo de la patria, y
 florezca en rencores como un himno o relumbre fugaz como una espada, y
 ruja con acentos de combate, fiera, estruendosa, amenazante, brava.

Oirás cantar también otra, de amores, nupcial... desfalleciente... apasionada,
 compuesta en una tarde luminosa en que oprimí una mano en la ventana;
 y tendrá las ternuras de una hembra y de un beso la exótica fragancia, el
 supremo tormento de un deseo y el ardiente heroísmo de una lágrima.

Hermano: yo no quiero que me robes mi adusta y grave soledad. Aparta.
 Fuera de la limosna de mis versos, nada me queda para darte. ¡Nada!
 Yo soy un desdeñoso y un altivo. Yo soy el que jadea y no se arrastra: adivínalo
 al menos en mi rostro y en la hoguera febril de la mirada. Ni me pongo a
 llorar cuando me azotan ni pido compasión cuando me ultrajan: una dosis de

cólera plebeya a toda exaltación es necesaria, y la verdad que en el Tabor se eclipsa, es inmortal si está crucificada.

Vete a reír donde los otros ríen; déjame aquí con mi esquivez huraña. Prefiero contemplar como un orate las nieblas tenues que en la altura danzan, o deshojo una estrofa sobre un nido, o me pongo a rimar una parábola que empiece: «En aquel tiempo, D. Quijote, colocando el morrión sobre la lanza, irguió la majestad de la figura, preguntó a su escudero si le amaba, y le habló de un fantástico reinado, de una gloria magnífica, lejana, y de una sucesión de caballeros que fueran trovadores de su raza».

¡Cuán extraña es mi mente, y qué revuelto el turbio manantial de mis ideas! Tengo en el corazón la fragua obscura en que se forjan todos mis poemas, y el ara en que agonizan los amores y aún decapitados aletean, como cuerpos exangües de palomas heridos por el tajo en las tinieblas. La vida me parece un templo extraño, el hondo templo en que al llorar se reza, y en cuyos muros, de gemidos plenos, la lápida mortuoria es ancha puerta. Oigo un órgano viejo: la alegría; hay una luz muriente: la conciencia; y un ministro extraviado, el pensamiento, dice su misa negra.

Yo he buscado un cariño que me cubra como un ropaje entre su red sedaña, y que me dé piedad cuando esté triste, o me bese en los labios cuando duerma. Yo he pedido un afecto que me escude y que sea a la vez baluarte y selva, para burlar cual ciervo fugitivo, la hirsuta jauría de mis penas.

Amo el silencio que de pronto flota sobre las cosas y las vuelve hermanas; amo las cosas que en quietud fraterna dan al silencio majestad sagrada. Pido un rincón para esconder mi vida, pido un amor para ocultar mi alma; una lluvia de besos que me ahogue, un esfuerzo de virgen que me abata. Hay una cosa que amo con orgullo y dulcemente el corazón me embriaga: mi juventud de macho poderoso, limpia, altanera, pensativa y brava. Mientras estés conmigo existe el día. ¡Salve sol! ¡Salve reina! ¡Salve amada! Estremécete así bajo mi carne, ilumíname así mis esperanzas. Sé tú como un plumaje audaz y libre que vuele encima de la turba ignara; sé tú como un perfume extraño y puro; sé tú como una flor salvaje y blanca. Haz de mi cuerpo tu robusto tallo; bebe en mi sangre tu fecunda sabia... Quiero morir cuando te estés muriendo y se dobleguen trémulas tus alas; quiero morir cuando me dejes solo y la cabeza se me ponga cana...



Junto a la cuna

Afuera, en el campo, rumores de brisas; arriba, en los cielos, desmayos de alas; abajo, en el huerto, misterios de frondas; adentro, en la alcoba, misterios de gasas. En límpido vaso de esbelta cintura, un ramo de lirios se muere y se apaga; un libro de amores abierto en la mesa, que un beso muy largo refiere en sus páginas; y encima de todo, los ojos dormidos, el labio entreabierto, la sien coronada, ostenta desnudos el pecho y los brazos el busto de un héroe de gesta pagana. Al lado, perdida ya casi en la sombra, la cuna vacía que no espera nada, vestida de encajes, coqueta, risueña, ornada de cintas, cubierta de franjas; y cerca de la cuna la joven hermosa, la joven doncella de nívea garganta, de maravillosas pupilas humildes que tienen el brillo de luces cansadas, el mudo reposo de cosas dormidas, la dulce tristeza de cosas lejanas. Contempla en silencio la cuna vacía, la cuna desierta que no espera nada, y escucha en el huerto rumores de frondas, y siente en la alcoba desmayos de alas, un mundo de ensueños flotante en el aire y un tímido anhelo perdido en el alma.

El rayo irisado del sol que declina, alumbra la muda quietud de la estancia, y pasa rozando las hebras sutiles de aquella cabeza de crenchas doradas, que tiene el ocaso dormido en los ojos, dormida o ausente la gélida lágrima, y tiene la frase dormida en los labios, ausente o dormida la queja del ansia. Se mueven de pronto las sedas a impulso de un soplo del aura; y un hálito tibio que es leve perfume, en torno a la cuna se escapa. Y siente la niña mirándola, acaso, las cosas que sienten las vírgenes blancas: olores extintos de noche de bodas, sollozos supremos de amado y de amada, viajeros que llevan plumaje en los hombros, sentidas cadencias de músicas blandas... Los ojos azules: dos gotas de cielo; la risa del niño: un lampo del alba; dos copos de nieve: las manos inquietas; dos flores de sombra que son las pestañas...

¡Hermana en ilusiones, tímida y dulce hermana! No dejes que el enjambre del ensueño, que busca miel en las corolas gayas, abierta entre el hechizo de la tarde halle la flor de tu belleza intacta. Aleja las pupilas de la cuna y sal a contemplar en la ventana la majestad azul del firmamento, las nieblas que se extienden por las faldas. Hermana en el deseo, pálida y rubia hermana: desprenden en los cofres suave aroma las rosas que se guardan; pero tienen

después, cuando envejecen, una nociva emanación de miasma. Y las pasiones que despiertan, riegan, como las rosas, estival fragancia; pero después... dentro del cuerpo duelen, pletóricas de goce o putrefactas.

El delirio (lo sé, porque mi espíritu, para engañar la realidad amarga, bebiendo de su jugo capitoso con enfermiza perversión se embriaga), el delirio es el vino de la muerte que hebeta el corazón y enferma el alma. Amar lo que florece y lo que nace, es guardar un dolor para mañana; y es rescatar con sangre y con tristeza lo que se amó, llorar por lo que acaba.

Hermana en el anhelo, núbil y blonda hermana: aparta tus pupilas; lo que miras es una cosa corruptora y casta.

La cuna para mí, para nosotros los que peleamos la brutal batalla que es preciso librar todos los días; los que sentimos que la vida sangra, es el retoño de una planta inútil que el tiempo abate y el dolor ultraja; es la puerta que bota sobre el mundo un inerme pedazo de la nada; es una tempestad que se comienza y la quietud del caos que se acaba; es un renuevo de la estirpe antigua, maldita, soñadora y desdichada, que después de los siglos, todavía sedienta de placeres siente y ama.

Cruza a través de sus oscuros velos este huracán de la existencia humana, que a veces iluminan, como el rayo, los cariños fugaces de otras almas, y vuela a deshacerse, tenebroso, sobre el abismo de la noche helada.

Y sin embargo, es bella aunque solloce: hay una aurora allí bajo sus galas; guarda la carne que produjo un beso; la dignifica su dolor, y es blanca. Tiene la excelsitud de una promesa; el calor de los nidos y las alas, el cariño profundo de la esposa, la ambición rediviva de la amada; todo lo dulce que gozó la mente, todo lo noble que idolatra el alma... Aquella cosa formidable: ¡el triunfo! Aquello luminoso: ¡la esperanza!

La noche ha caído.

Levanta la niña la hermosa cabeza divina y callada, sacude los hombros, aprieta los labios, entorna los ojos, se llega a la estatua... y en nupcias fugaces de carne y de mármol, la sombra que llega la encuentra abrazada.



Cristóbal Colón

Sí. Le veo. Está pálido y sombrío. Es el viejo, es el loco, es el profeta. Tiene la faz doliente y pensativa, y la cabeza maltratada y trémula. Sus cabellos son blancos como brumas: rodaron por allí muchas tristezas. En la pupila luminosa y honda, brilla, fugaz, la fiebre de la idea. Está quieto ante el mar. Sobre sus hombros, frío beso, al pasar, pone la niebla. Como un foete el relámpago fustiga la espalda informe de la noche negra. Mudo sobre el silencio de las aguas, tiene la frente entre las manos: piensa. Estremecido está bajo la sombra; tiene las manos en la frente... y sueña:

Allá muy lejos, en la patria ausente, en las playas del mar, europeas, el pueblo que le dio buque y pilotos, impasible le espera, para hacerle inmortal si encuentra un mundo tras la profunda inmensidad desierta, o burlarse con mueca desdeñosa del último jirón de sus quimeras. Hace tres meses que salió del puerto, y mar, y mar... y mar tan solo encuentra. Ha visto las pupilas extraviadas, en noche melancólica y serena, del rudo compañero que solloza y junto al mástil recostado tiembla. Los domadores de las turbias olas inclinan a su lado la cabeza; se van a rebelar, porque sus almas tienen miedo y nostalgia, están enfermas.

Pero él – ¡le veo!- sueña entre las brumas, y sigue delirando con la tierra; y a solas, agobiado de ambiciones, y con las manos en la frente puestas, así, sobre la prora de su nave, es el viejo, es el loco, es el profeta que no quiere volver, porque lo aguarda el pueblo que le dio tres carabelas, para colgar en la picota infame el último jirón de su bandera.

¡Pavorosa ansiedad de los que sufren; pavorosa ansiedad de los que esperan! Horrendo antagonismo de la mente en que está solitaria la conciencia. ¡Mago sombrío de cabellos blancos, viejo azotado por letal tristeza!. Tus ojos, noche doble de tu alma, bajo la noche de los cielos quieta, debieron de tener en la amargura de aquella hora de ansiedad suprema, todo el brillo del rayo fugitivo, toda la inmensidad de las tinieblas.

Amanece. Las brisas matinales se ponen a gemir entre las velas, y plumones helados van llegando de neblinas flotantes y extranjerías, a saludar la pálida neblina que en los cabellos de Colón blanquea.

De imprevisto rugió despedazada la obscuridad terrible y gigantesca. Algo como el bramido prepotente de la sombra monstruosa, y honda, y negra, sacudió los abismos de las aguas, genitores de bárbaras tormentas. ¡La señal convenida! La palabra con que grita el cañón:
¡la tierra! ¡Tierra!

Entonces, en el alma del marino, yo no sé lo que fue. Sopló sobre ella un huracán de gloria que avasalla, un huracán de gloria que doblega. Hubo tal vez sobre su faz marchita el gesto doloroso del que crea... y dobló la cabeza entre las manos, llorosa, blanca, desgredada y trémula.



Reto

Entre la calma de la obscura nave, hierática quietud tan solo mora; blancas columnas el espacio abarcan, sacros perfumes que en el aire flotan. Allí de un cirio el resplandor convulso ilumina el perfil de la madona; al través de un cristal se van filtrando brillos lejanos de color de rosa; se derraman, repletas de misterio, del miserere las dolientes notas, y la campana gime entre los vientos su trémula canción ruda y sonora, que grita las miserias de la vida al pausado compás de la salmodia.

Allí van los que llevan en el alma el miedo pavoroso de la sombra; los que no han visto aún en la pelea la enseña de la fe vencida, rota; los que sienten arder dentro del pecho el negro afán, el ansia tumultuosa, de ser mejores al morir la tarde de lo que fueron al nacer la aurora. Cruzan las manos, hincan las rodillas, la frente baja, la pálida boca; cierran los ojos y al silencio claman, mueven los labios y al silencio imploran.

Allí le he dicho a mi conciencia: ¡lucha! y he dicho al corazón: ¡medita y ora!
He visto sobre el fango de la calle rodar una mendiga temblorosa, con un harapo sucio por vestido en las espaldas que la lluvia azota.
Contra las piedras se partió las venas, y lloró de dolor la pobre loca: tal vez tuvo también dulces amores y fue bella y gentil como las otras; tal vez fue blanca, y ostentó altanera negros cabellos y pupilas hondas. Y he dicho al

corazón: de esa tristeza, por ser humana, la mitad te toca; has de tener para el dolor ajeno siquiera un rayo de piedad. ¡Solloza!

En el mercado alegre en que los hombres al hambre y al amor compran su escoria, donde se llega al borde de las almas y se baja hasta el fondo de las copas, donde se bebe vino a borbotones y se apura el placer gota por gota, me he robado un mendrugo de alegría para poder saborearlo a solas. Y ya cansado de vivir pensando, no más en el laurel de las victorias, le he dicho al corazón: aún eres joven y estás repleto de vigores; ¡goza!

¡Ah! Pero esta mañana, hermosa mía, he visto cerca al muro de tu alcoba al mozo aquel que en tus amores sueña y hace ya tanto tiempo que te adora; ¿y sabes lo que hice, yo que siempre le digo al corazón calla, perdona? Alcé la frente y pálido de rabia grité con voz profunda y temblorosa: ¡han venido a robarse tu tesoro! ¡Ese te quiere arrebatar tu gloria! ¡Cesa ya de llorar por los que sufren y cesa de sufrir con los que lloran! Con todas tus angustias, formidable, ¡sacúdete señor! ¡Maldice! ¡Odia!

¡Eh! Salud caballero que a sus puertas vais en alegre y descuidada ronda. Venid. Os cedo la mitad del campo. Veréis si tengo sangre generosa. Noble soy, y no es mengua a vuestra espada si entre mi cuerpo empurpuráis su hoja: yo sé partir el sol, y pecho a pecho, batallar y caer por mi señora. Yo he viajado en los lomos de Pegaso y eché a volar enamoradas trovas al pie de las ventanas de un castillo cimentado en la cumbre de una roca.

Soy de una stirpe antigua y desdichada; soy de una raza pura y valerosa: a nosotros, el viejo Prometeo nos legó sus cadenas y su antorcha; descendimos con Dante a lo invisible, callamos con Cirano hasta la fosa, y fuimos a través de las edades una luciente y encendida tropa, una casta gentil, galardonada con besos, con perfumes y con rosas.

Nuestro color heráldico es de nieve y de alas impolutas de paloma. Viajamos al país de los recuerdos, sabemos el lenguaje de las cosas, esgrimimos, cual lanza en la pelea, en los combates del dolor la estrofa, y bebemos pasión a raudales en los ojos dolientes de las novias.

Por línea recta de varón venimos de una pareja ardiente y soñadora: surgimos de una cuna inmaculada, como Venus del seno de las ondas, una noche en que Apolo, sollozante, durmió sobre los muslos de la Gloria.

Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia

ANTIOQUIA
LA MÁS
EDUCADA



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



CORPORACIÓN
UNIVERSITARIA
LASALLISTA

Lleva el conocimiento
por siempre



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1803
Rectoría

**UNIVERSIDAD
EAFIT**[®]



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**



UNIVERSIDAD DE MEDELLIN



UNIVERSIDAD CES

Un Compromiso con la Excelencia



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
LATINOAMERICANA-UNALA



Institución Universitaria



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
SEDE MEDELLÍN

*Este libro se terminó de imprimir
Ediciones Diario Actual en el mes de octubre de 2015*

*La carátula se imprimió en
propalcote C1S 240 gramos, las páginas interiores en propalbeige 70g.
Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold*

